

Muerte y olvido

Kevin C. Rowe



Capítulo 1

I

Aaron pensaba en morir. O, mejor dicho, dejar de existir. Era importante hacer una diferencia entre ambas: dejar de existir implicaba no pasar por el proceso de herirse a sí mismo, sólo desaparecer.

La idea era atractiva de todos modos. Aparecía siempre en sus tiempos libres. Y lo curioso es que aquella sensación la asociaba a la aventura más que a la tristeza en sí misma, pues Aaron jamás se ha mostrado como alguien triste, ni mucho menos depresivo. Se imaginaba la idea de llevarse una pistola a la sien y, con ese temor de apretar el gatillo, sentía el deseo de aferrarse a la vida y a su plena existencia.

Aclarado el punto, Aaron tenía un plan para la noche, necesitaba ese temor para aferrarse a vivir. El problema era que estaría pensando en ello mientras iba a trabajar. Al final, como sabía que jamás acabaría consigo mismo, debía cumplir con sus obligaciones.

Además debía comer.

Estaba vestido de negro, como todo el resto de su ropa. Ese día llevaba una gabardina larga del mismo color, una camisa, pantalones ajustados y zapatos formales. El cabello lo tenía tomado a media cola, con una barba bien recortada y con anteojos redondos.

Salió del departamento, bajó por el ascensor, se fue caminando al liceo con su bolso lleno de libros, planificaciones, cuadernos y alguna que otra evaluación que no terminó de revisar.

Hizo sus clases normales y compartió con sus colegas en los tiempos muertos. Le agradaba el ambiente laboral que tenía a pesar de rumores y alguno que otro roce con algunas personas sobre el cumplimiento de objetivos y otros. De tarde, la gabardina la dejó detrás de su silla, se levantó las mangas de la camisa y se limpió el sudor de su frente. Como todos los días, sin ninguna novedad.

Se retiró tras marcar el turno y la idea que lo asaltaba durante la mañana, volvía a aparecer. Seguía habiendo sol y necesitaba ver todas las luces de la noche.

Otoñal era una ciudad de mucha vida. Si bien habían grandes edificios grises, la mayoría de los locales, casas, plazas y restaurantes están llenos de color. Con todo, sólo las personas más longevas hacían sus quejas sobre como estos edificios le quitaban espacio al sol y a las partes verdes

características de la ciudad. Las otras personas ni siquiera reparaban en todo aquello, de hecho, como si nada, caminaban por el centro, compraban algunos libros mientras otros iban a la cafetería cercana. Algunos iban a ver a los artistas itinerantes que se paseaban por las esquinas de la plaza y otros callejones.

Aaron fue a la cafetería «1/2 hora», cuya fachada era de un café oscuro en los ladrillos, adornado con franjas blancas y verdes que daban un aspecto muy notorio respecto a los otros colores apagados de la ciudad. Fue atendido por una muchacha rubia, que sin demora le tomó el pedido y se lo trajo como si estuviesen preparados para el flujo de personas que saldrían del trabajo, sobre todo un día viernes cuando la mayoría iba a celebrar el término de la semana.

Se fue a su departamento bebiendo el café, escuchando música y caminando lento. El sol comenzaba a ocultarse, de modo que tendría un par de horas hasta que la oscuridad total le diese la oportunidad de poder exponerse una vez más a la emoción de dejar de existir.

Subió por el ascensor, otra vez vacío, y entró al departamento. Allí lo recibió Stu, su gato negro a quien acarició y revisó si tenía la comida y agua. Respecto a sus cosas, en realidad no le interesaba mantener el orden considerando que jamás lo visitaban. Ni siquiera sus padres, quienes estaban de viaje por el país y no los vería después de varios meses.

Se desvistió y se metió a la ducha. Necesitaba sacarse el sudor del cuerpo y echar a lavar su ropa. No fue un baño extenso, le duró lo suficiente como para sentirse refrescado y mucho más limpio. Al verse al espejo, notó que ya casi no quedaba luz del sol. Debía prepararse.

Salió tan rápido como pudo del baño y se vistió con una polera holgada, pantalones de buzo, zapatillas y una sudadera, todo de color negro. El resto del café se lo llevó, junto a un paquete de cigarros sin abrir y el encendedor. Salió del departamento y fue al ascensor con el cual subió hasta el último piso, que lo dejaba justo antes de una escalera que le permitía llegar a apreciar la vista desde las alturas.

Se acercó a la baranda mientras se terminaba el café. El aire estaba húmedo y comenzaba a helar. La emoción volvió a sentirla cuando acercó el rostro al barandal y dejó que el aire lo acariciara. ¿Qué sería caer y no recordar nada? ¿Qué sentiría si su mente dejase de insistir con su soledad y sus nulas capacidades de expresarse?

Dejó el vaso de café a un lado y encendió un cigarrillo. Se acomodó los audífonos y se acercó más al borde. Tanto que prefirió sentarse en los barandales, mientras sus pies se mantenían en el borde del concreto. Estaba maravillado con la vista. Todas las luces refulgían en la ciudad, incluso donde se hallaba el lago se veían las luces. Abajo se veían

personas moviéndose. Todo le parecía tan diminuto que la emoción volvía a alzarse como una amante. Seductora e impulsiva. Pero debía esperar. Lo correcto era sopesar su mente para aclararse y saber que dirección tomar.

Lo primero que se le vino a la mente era la ironía de hacer clases, la capacidad para dirigir y responder dudas mientras que no era capaz de establecer relaciones de amistad o algún otro. Incluso manteniendo una buena relación laboral con sus colegas, no tenía la habilidad de hacerse amigo de alguno. Se sentía como un intruso cada vez que se lo planteaba. Era mejor, así nadie tendría la oportunidad de hacerle daño.

—Sí, pero no significa nada. No me conocen, ni yo a ellos —susurró.

También pensaba en aquella mujer... pero evitaba a fondo dejar que su fragancia, su sonrisa o si quiera el calor de su cuerpo le angustiase. Ya era demasiado pedir que volviese, ya era demasiado sufrir por lo que dejó de ser. Lamentaba el suceso, pero tampoco se dejaba hundir por ello. Ya había pasado mucho tiempo.

Algo que seguía punzándole un poco, era la pérdida de comunicación que tuvo con sus amigos, le dolía aún. Siempre que él intentaba hablar con ellos y ofrecerles algo, se daba cuenta de que, sino era por él, no hablarían con él. Se sentía como una mascota ávida por amor de los otros. Cuando dejó de insistir, se dio cuenta de que la amistad se mantenía solo desde un lado. Nunca lo escucharon cuando necesitaba algo, de hecho, si se sentía triste, lo señalaban y juzgaban como si todo fuese su culpa.

Estaba solo. Lo sabía. Lo entendía. Lo disfrutó, pero pronto se volvió una carga. ¿No hay nadie para él? ¿Nadie a quien atesorar? No. Sólo él mismo, que se cegaba a la idea de querer dejar de existir. ¿Qué sentido tenía todo si seguía haciendo lo mismo como siempre?

La emoción florecía como una rosa suave y que lo instaba a saltar, mientras que las espinas lo sujetaban del barandal, desangrándose, pues todas aquellas estaban clavadas en su corazón. Eran sus supuestos amigos, sus recuerdos, su familia, su amor perdido. Todo eso le impedía saltar. Sabía que tenía que solucionarlo. Pero era mejor desaparecer.

Cuando levantó las manos para dejarse imbuir por ese deseo, sintió que una mano lo tomó de la espalda, tiró de la sudadera e hizo que cayese hacia atrás, aterrizando en el piso. Sintió un dolor en la espalda y un leve aturdimiento. Luego sintió las frías manos en su mejilla. Cuando Aaron espabiló, se levantó y vio a una chica, vestía casi igual que él, solo que con colores verdes combinados que hacían juego con el pelo, verde y

brillante.

—¿Qué estas haciendo aquí? —dijo ella mientras respiraba aliviada.

Luego se dio cuenta de la impresión que daba. ¿Se estaba intentando matar de verdad? ¿Se iba a tirar de verdad? Y lo entendió: ella justo lo vio en una posición a la que nadie se habría dado cuenta si no es por ella. De lo contrario, no lo contaría.

—Si no me apresuro, no te salvas —dijo ella suspirando.
Se ajustó los lentes y la vio. Se ruborizó de inmediato. No sabía con exactitud el porqué. Era bella, pero la vergüenza de haberlo empujado y todo eso se extendía hasta sus manos que sintieron como un calor subía hasta la coronilla.

—Disculpa. —Fue lo único que alcanzó a decir Aaron, aturdido.

—¿De qué? Más bien, debería darme las gracias. —Ella se aclaró la voz y lo miró a los ojos—. ¿Estás bien? ¿Necesitas ayuda con algo?

—¿Qué dices? —dijo Aaron moviendo la cabeza.

—De todas las veces que vengo, que es a diario por cierto, es la primera vez que veo a alguien sentado en la barandilla con las piernas fuera y con los brazos extendidos. —La chica se enderezó y le tomó la mano a Aaron—. Si no tienes con quien hablar, puedes contarme a mí. ¿Quién mejor que una extraña?

—No iba a matarme —dijo Aaron—. Sólo miraba, desde allí.

—Ajá —dijo ella—. No conozco a nadie que tenga de pasatiempo sentarse en las barandillas y estirar los brazos.

—Que te digo que no iba a lanzarme ni nada por el estilo. Sólo... sólo quería subir y ver la ciudad. Pensar en algo, diferente. Créeme, si hubiese querido lanzarme, me hubiese tirado hace varios años.

—Bien.

—¿Bien?

—Sí, bien —dijo ella—. Voy a fingir, al menos durante este momento, que te creo.

—Gracias. Supongo.

Aaron se acercó a la barandilla. No iba a volver a subir. No tenía sentido

que lo hiciese. Ella no le creería y se armaría un escándalo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó ella.

—Aaron. ¿Tú?

—Adela.